

Contra Escena

LAS GUERRAS DE CARLOTA LLANO.

09/07/09 | Por: [sandroromeroey](#)

Según el libro publicado por el Teatro Libre de Bogotá en el año 2005, la vinculación de Carlota Llano en el grupo de Ricardo Camacho se remonta a 1977 cuando apareció en el ya clásico montaje de “La agonía del difunto”, bajo la dirección de Jorge Plata, con la dramaturgia de Esteban Navajas. Aunque Carlota participó, un año antes, en el reparto de “La huelga”, uno de los primeros textos para la escena de Sebastián Ospina. Era el final de una época. Durante cinco años, el Teatro Libre se caracterizaba por ser un grupo de férreos principios ideológicos y sus trabajos estaban directamente relacionados con las urgencias políticas del momento. A partir de 1978, las directrices en su repertorio cambiarían radicalmente y su preocupación fundamental se centraría en la recuperación de los grandes textos del repertorio universal. Esta nueva tendencia comenzaría con el montaje de “El rey Lear” de Shakespeare. Allí estaba Carlota Llano. Con su voz de catedral y su presencia que siempre se ha querido devorar los escenarios, representaba una Cordelia de conmovedores registros. Junto a Livia Esther Jiménez, Beatriz Rosas, posteriormente con Laura García, entre otras, Carlota se convirtió en una de las presencias femeninas necesarias para las nuevas exigencias del Teatro Libre. Allí permaneció, durante muchísimos años, como actriz y luego como maestra de la Escuela del mismo.

En el nuevo milenio, Carlota se ha lanzado a una nueva e intensa aventura sobre las tablas, esta vez en solitario. Con dos obras, bajo la mirada atenta del director Fernando Montes, la actriz caleña ha demostrado que se trata de una de las presencias femeninas más importantes de nuestros escenarios. En sus espectáculos unipersonales, apenas truena su voz y su presencia deambula como levitando por encima de las tablas, sabemos que nos vamos a sumergir en un viaje largo y de ardiente belleza. La aventura teatral de Carlota Llano, a través de sus monólogos, es un desafío de amplias proporciones, pues la actriz se ha propuesto desentrañar la realidad colombiana a partir de las voces de muchas mujeres protagonistas de nuestro eterno conflicto armado.

Tanto en “Mujeres en la guerra” como en “A donde el camino irá”, las voces de las guerrilleras, de las paramilitares, de las campesinas, de las madres, de las viudas se multiplican en una suerte de coro individual de suplicantes, convirtiendo el lamento delicado de sus testimonios en una suerte de catarsis contemporánea, donde el teatro se convierte en un altar de poesía para escudriñar en las vísceras de un conflicto que, para nuestra generación, ya no tuvo solución. Desde el año 2001, “Mujeres en la guerra”, un extenso monólogo de hora y veinte minutos, construido a partir de los testimonios recogidos por la periodista Patricia Lara, se ha convertido en uno de los espectáculos esenciales de la escena colombiana en el nuevo milenio. Se ha paseado por medio mundo y se ha convertido en uno de los pocos documentos escénicos de nuestro país que se ha atrevido a meter la mano en el fuego de su realidad reciente.

Ayer, 8 de julio de 2009, Carlota regresó a los escenarios con sus “Mujeres en la guerra”. Allí estaban de nuevo la guerrillera paisa y la campesina de Córdoba, la mujer paramilitar y la mamá de Carlos Pizarro. En el recogido espacio de la Casa Ensemble, Carlota volvió a conmover a los espectadores con sus cantos y sus lamentos, con su sonrisa iluminada y su melancólica sabiduría. Y sucedió algo único. Al final de la representación, cuando los asistentes la recompensábamos con un sincero aplauso de varios minutos, Carlota descubrió, entre el público, a su profesora de historia del colegio Liceo Benalcázar de Cali, Raquel Rey Córdoba. Carlota se descompuso de la felicidad, les pidió disculpas a los asistentes y fue hasta la platea a abrazar a su maestra. Entre los espectadores había otras dos actrices importantes del teatro, el cine y la televisión de nuestro país: Alejandra Borrero, Margarita Rosa de Francisco. Todas habían sido alumnas de Raquel Rey Córdoba y todas la recordaban como un ser especial, que determinó, de alguna manera, el rumbo de sus entusiasmos.

Era el encuentro casual de una generación de mujeres que ha consagrado su vida a la creación de personajes para las tablas y para la pantalla. Desde muchos puntos de vista, con propósitos y anhelos diferentes, con estilos diversos y resultados disímiles, tanto Carlota como Alejandra o Margarita salieron del esquivo paraíso de la ciudad de Cali para correr el riesgo de ser excepción en un país donde dominan las reglas torcidas. Cuando veía a Carlota iluminada por el entusiasmo, recordaba a su familia, a esa curiosa casa de Bernarda Alba que conformaba ella con sus cinco hermanas. Y recordaba la tragedia que envuelve su alma, pues su único hermano hombre fue asesinado por fuerzas oscuras en épocas que nunca serán remotas. Ella misma se encarga de evocarlo al final de su espectáculo.

Al salir de la función, en medio de las fotos, de las lágrimas y del entusiasmo, allí estaba el actor Sebastián Ospina (esa noche llovieron las casualidades). Sebastián me susurró al oído: “qué lástima que esto no lo escriba nadie”. En esta madrugada azul, mientras suena el tictac del paso del tiempo, he decidido hacerte caso, Sebastián.

www.sandroromero.com

<http://bogota.vive.in/blogs/sandroromerorey>